LA ÚLTIMA ROMÁNTICA

MI TÍA CAROLINA CORONADO

I

Voy a trazar la silueta romántica de mi tía Carolina Coronado, hermana de mi abuela materna.

Mi madre pasó temporadas con ella y jugó en los jardines de su quinta de la calle de Lagasca, y durante muchos años oí hablar de mi tía Carolina Coronado en largas confidencias.

Nació en la casa número 6 de la plaza de Abastos del extremeño Almendralejo (aledaña de aquélla en que nació Espronceda) en 1821, según Díaz Pérez, y en 1823, según otros autores, señalándose también con discusión el 12 ó el 23 de diciembre como día de su natalicio.

Pronto se fué a vivir con sus padres a Badajoz, y allí, a los nueve años, comenzó su afición a la lectura, leyendo los clásicos y la *Historia crítica de España*, por Max Deu.

Andaba alrededor de los diez cuando compuso su primer poesía, una elegía *A la muerte de una alondra*, escribiendo poco después su composición *A la Palma*, que sorprendió a los literatos de Madrid y que hizo que su paisano Espronceda la saludase con los siguientes versos:

Dicen que tienes trece primaveras
y eres portento de hermosura ya,
y que en tus grandes ojos reverbera
la lumbre de los astros, inmortal.
Juro a tus plantas que insensato he sido,
de placer en placer corriendo en pos,
cuando en el mismo valle hemos nacido,
niña gentil, para adorarnos dos.
Torrentes brota de armonía el alma,
huyamos a los bosques a cantar:
denos la sombra tu inocente palma
y reposo tu virgen soledad.
Mas, ¡ay!, perdona, virginal capullo;
cierra tu cáliz a mi loco amor,
que nacimos de un aire al mismo arrullo
para ser yo el insecto, tú la flor.

En *La Palma* se yergue su esbeltez poética:

Guarda tus ramos, virgen soberana,
bella y noble africana,
formando airosos tu lucido manto;
y el ave pasajera,
besando tu cimera,
te deje un eco de su dulce canto.

Era bello su rostro de óvalo perfecto, y en su perfil había esa huella de la mujer árabe, que parece haber quedado en Extremadura con más pureza que en otros sitios.

Esbelta, blanca, con reflejos de aguileñismo judío, se presentaba con marco de tirabuzones que eran jaula de sus ilusiones, barras graciosas y aladarescas del noble pensar de la que quiere hacer muy duradera su adolescencia.

Se asoma a la ventana de la vida con franca inocencia, y en el alféizar juegan palomas y tórtolas.

En una carta que escribe el año 1909, a los ochenta años, dice, refiriéndose a esta época: "Mis estudios fueron todos ligeros, porque nada estudié sino las ciencias del pespunte y el bordado y del encaje extremeño, que, sin duda, es tan enredoso como el Código latino, donde no hay un punto que no ofrezca un enredo."

De su casa colgada de Madonnas, con armarios llenos de loza de Sargadelos, y sobre las consolas grandes espejos en que ella miraba el porvenir, se iba todas las tardes a bordar a casa de una amiga, en cuyos muebles se reflejaba el lejano Imperio y entre cuyos cuadros se destacaba una copia del *Desposorio místico de Santa Catalina del Corregio.*

De esa amiga se acuerda en una carta que escribe en 1902, cuando ya tiene ochenta años, al dar el pésame por su muerte: "Era una jovencita esbelta, de cabello rubio y rizado y con ojos brillantísimos. Modelo de heroísmo para su madre, la fatalidad ha hecho que aquella rara virtud estuviese destinada a quedar obscura en este pícaro mundo."

De vez en cuando Carolina se va al campo, a las fincas extremeñas, en que lo silvestre toma aspecto arcádico.

Allí juega y poetiza, sucediendo en una ocasión que en la ermita de Botua hace de Virgen en el mismo altar de la Virgen Santa, pasando por la imagen, que estaba de peregrinación en otros pueblos, y provocando con su propio candor la devoción de unos campesinos, que no notaron el engaño.

Las tórtolas—que han de ser la locura de su vida, por ser los animales más dulces de la creación—la hacen cantar:

Tórtola que, misteriosa,
querellas de amores cantas,
dolorida,
azorada, temblorosa,
como la lluvia en las plantas,
conmovida;
que levantas arrullando
de tu seno palpitante
la alba pluma,
como el agua murmurando,
en las olas, vacilante,
leve espuma.

.....

Surgen por esta época unos amores, de los que apenas queda noticia clara.

El enamorado debió emprender un viaje por mar, sino es que era marino, según dejan transparentar unos versos que ruedan por la casa de la familia y que dicen con zumbón tono de pariente compasivo:

Dejad a Carolina descansar,
que tiene sus amores en el mar.

Un naufragio vino a cortar ese primer amor de Carolina, y quizá se relacione con eso su primer ataque de catalepsia; una rara catalepsia que afloraba muchas veces en su vida y que la dejaba insensible y como muerta durante largos días.

Quizá para curar la convalecencia de aquellos amores surge un viaje a Sevilla, donde Carolina conoce a Lista, que quedó admirado de su facilidad de versificar, pues al ser consultada por el maestro de retórica sobre la manera de decir un verso que no podía acabar, Carolina lo estilizó de tres maneras.

Llevada por el romanticismo, en un día de exaltación hizo voto de castidad en el secreto de la Catedral de Sevilla, y así se ungió con un rito reservado que llevaba como misteriosa vestidura blanca, como camisa de seda blindada.

Vuelve a su región extremeña, escribe novelas ingenuas y recibe inspiración para sus futuras obras, porque allí vive la tormenta de la Jarilla, que la cogió en lo alto de un castillo de los picachos que había ido a visitar, quedando sola por encima de la tormenta.

El Destino, para precipitarla en el ser mujer, urde una falsa noticia, que llega a la corte, donde la proclaman por muerta, y los poetas cantan elegías a su muerte.

La noticia es desmentida, y Campoamor escribe a Pastor Díaz:

Aún el pesar me asesina
de cuanto aquí por muy cierto
se dijo que Carolina,
¡que Dios nos libre!, había muerto.

La poetisa responde a los rumores con una poesía en que habla de su muerte, y dice con amargura:

Para vivir mujer, más vale muerta.

II

Viene a residir a Madrid, y la Sociedad El Liceo celebra una sesión en su honor en el palacio de Villahermosa, que aún se levanta en el Prado, esquina a la Carrera de San Jerónimo. El Liceo la ofreció una corona de laurel y oro como a resucitada lírica.

Publica un tomo de poesías, deseosa de ser *poetisa* frente a la Avellaneda, que quiere ser *poeta.*

Penetra en el gran mundo de Madrid, es presentada en todos sitios y en El Liceo de nuevo, durante una fiesta celebrada en honor de los Reyes, coloca su obra teatral *El cuadro de la Esperanza.*

Estrena también *La Rueda de la Fortuna,* y Rodríguez Rubí la envía una corona y unos versos.

Tiene un fervor literario subido y publica su paralelo de *Safo y Teresa de Jesús,* que después había de retirar de la circulación amedrentada, pues en aquella obra audaz aseguraba Carolina que el amor de Teresa tenía tanto de carnal como de divino. "La división tiene mucho de falsa y metafísica—decía—Jesús se materializa a los ojos de la Santa, mientras Safo, espíritu semejante al de Teresa, tiene la libertad de pensamiento y de costumbres del paganismo, idealiza a su amante, lo espiritualiza, le ama como a un dios y convierte la pasión por Faón en amor divino".

Publica novelas, artículos y da recitaciones a la luz de las velas que acompasan sus temblores con su respiración exaltada.

De esa época son sus estrofas más rutilantes, como las de *Amor de amores.*

¿Cómo te llamaré para que entiendas
que me dirijo o ti, ¡dulce amor mío!,
cuando lleguen al mundo las ofrendas
que desde oculta soledad te envío?
A ti, sin nombre para mí en la tierra,
¿cómo te llamaré con aquel nombre
tan claro que no pueda ningún hombre
confundirlo al cruzar por esta sierra?
¿Cómo sabrás que enamorada vivo
siempre de ti, que me lamento sola
del Gévora que pasa fugitivo
mirando relucir ola tras ola?
Aquí estoy aguardando en una peña
a que venga el que adora el alma mía.
¿Por qué no ha de venir, si es tan risueña
la gruta que formé por si venía?
¿Qué tristeza ha de haber donde hay zarzales
todos en flor, y acacias olorosas,
y cayendo en el agua blancas rosas,
y entre la espuma lirios virginales?
¿Y por qué de mi vista has de esconderte?
¿Por qué no has de venir si yo te llamo?
¡Porque quiero mirarte quiero verte
y tengo que decirte que te amo!
¿Quién nos ha de mirar por estas vegas,
cuando vengas al pie de las encinas,
si no hay más que palomas campesinas
que están también con sus amores ciegas?
Pero si quieres esperar la luna,
escondida estaré en la zarza-rosa,
y si vienes con planta cautelosa
no nos podrá sentir paloma alguna.
Y no temas si alguna se despierta,
que si te logro ver de gozo muero,
y aunque después lo cante al mundo entero,
¿qué han de decir los vivos de una muerta?

En ese momento en que Carolina está encandecida, un apuesto caballero norteamericano fija los ojos en ella y los dos se enamoran perdidamente.

El caballero norteamericano es secretario de la Legación de su país en Madrid, es culto, ha leído los libros clásicos ingleses, es muy callado, es muy liberal, ha estado de joven en una guerra, se llama Horatio Justus Perry Spragne.

Un día los enamorados se dirigen a Gibraltar para casarse, porque en otros sitios les había sido imposible celebrar el matrimonio mixto, ya que tío Horacio era protestante y ella católica.

En Gibraltar visitaron al obispo católico, que les citó para darles en otra entrevista una contestación definitiva; pero se mostró, desde luego, más bien favorable. Tía Carolina, sin embargo, dijo a una hermana suya que la acompañaba: "Verás como el obispo dice que no", y lo decía porque en el palacio del obispo había visto a un jesuíta que estaba en la Catedral de Sevilla cuando ella hizo el voto de castidad.

Sucedió como ella temía: el obispo no permitió el matrimonio, teniendo entonces que casarse en la Catedral anglicana, yéndose después a París con su padre.

En París, al consultar el caso con las autoridades eclesiásticas, les dijeron que podía celebrarse el matrimonio, pues la promesa no era válida por ser tía Carolina demasiado joven cuando la hizo y, además, por no haber pedido consentimiento a sus

D. HORACIO PERRY, ESPOSO DE CAROLINA CORONADO

padres para pronunciar su voto, y allí se casaron por la Iglesia católica.

En su viaje de novios llegan al Rhin, pasando por el Palacio de Cristal, según relata Carolina en un libro que escribió a la vuelta, ya en la paz del regreso, establecida en su doble piso principal de la calle de Alcalá, número 26.

Allí se celebran las primeras fiestas de conjunto, con asistencia de literatos y políticos. Carlos Rubio, Nocedal, Quintana, al que llamaban el abuelo; Nicolás María Rivero, el general Laguna, Zorrilla, Castelar, etcétera, etc.

La primera desgracia que sucede en la casa de la calle de Alcalá es que muere de una fiebre perniciosa el niño Horacio, y Carolina lo entierra en la Catedral, en un nicho de la segunda capilla a mano izquierda según se entra por la calle de Toledo, donde aún está, pudiéndose leer en latín su epitafio.

El matrimonio hace excursiones: va a La Granja, donde Carolina llega a caballo a El Paular, aún bajo la dominación de los cartujos.

En San Sebastián se asombra de lo que jugaban las señoras, y en aquel ambiente nace la idea de su novela *La rueda de la desgracia*.

Carolina Coronado llega a tener su mayor esplendor en la corte, y su influencia salva a veces las vidas sentenciadas por la política.

Así una vez, en San Sebastián, está sentenciado a muerte un muchacho; el gobernador ha de recibir el telegrama de indulto momentos después de ejecutada la sentencia; pero Carolina le conmueve y hace que detenga los fusiles, dando por recibido ese telegrama que aún no ha llegado, jugándose todo su porvenir político.

Estalla la revolución del 66, y todos los políticos que tienen que huir se refugian en la Legación norteamericana.

Coincide con aquellos días el aniversario de la República francesa, y Castelar y los demás escondidos en casa de Carolina festejan el día con *champagne* y discursos.

Aunque las persianas están cerradas se oye desde la calle la bulla del entusiasmo. El presidente del Consejo de ministros envía un recado a Carolina, y ésta sale en su coche hacia la Presidencia.

—¡No, no puede ser!—dice el presidente.

—Si me da usted palabra de que no se les molestará, mañana saldrán todos para París.

El presidente da su palabra, y al día siguiente en los coches del Congreso salen los conspiradores por la estación del Norte, escapando entre ellos uno que no estaba en la lista y con el que Carolina paseó del brazo por la estación como si fuese un turista norteamericano que también debía salir en aquel tren.

Más que entrar en la política suponían estos rasgos de Carolina el uso de un derecho de asilo amplio y generoso.

Manuel del Palacio, sin embargo, aludiendo a la intromisión de Carolina en la política, escribió estos malísimos versos:

Tierna, discreta, sensible,
yo te admiro, Carolina;
pero, ¡ay!, me das mucha pena
cuando me hablas de política.

A veces Carolina recurrió al seudónimo de *Sirio* para lanzar fulminaciones contra los altos poderes.

Las que a su Trono venden,
las que a su Patria ofenden,
no son Reinas, mujeres ni españolas.

III

La casa de la calle de Alcalá rezuma alegría, y el poeta amigo pregunta al entrar: "¿Dónde están las *Perrytas?*", refiriéndose a las dos niñas de Carolina.

Un día, sin embargo, se pone enferma de los ojos Carolinita, la hija predilecta de Carolina, y la poetisa pide a la Reina el préstamo de una quinta que Su Majestad tenía pasado el arco de Alcalá, y de la que hoy queda, en la calle de Lagasca, 66, un caseroncillo ladeado, que rompe la línea de la calle y hasta la empuja con uno de sus hombros. Casilla de patricio continente, fué el corazón cobijador de aquella gran quinta, en la que Mr. Horacio cazó piezas de caza mayor cuya piel tenía colgada en un testero de su despacho, viéndose desde sus balcones el encierro de los toros en la entonces próxima plaza, y abriéndose en su bosque el último portillo, por donde hay está la Casa de la Moneda.

Tan distante se creía entonces aquel trecho de la corte que cuando había que ir a la Puerta del Sol se enganchaba el coche y se decía: "¡Vamos a Madrid!"

La Reina accedió a los deseos de Carolina, porque la quería mucho y consultaba con ella los asuntos más difíciles, llegando a suceder que al ver los ministros las variaciones de Su Majestad después de haber sostenido una primera opinión solían decir: "¡Aquí ha estado Carolina Coronado!"

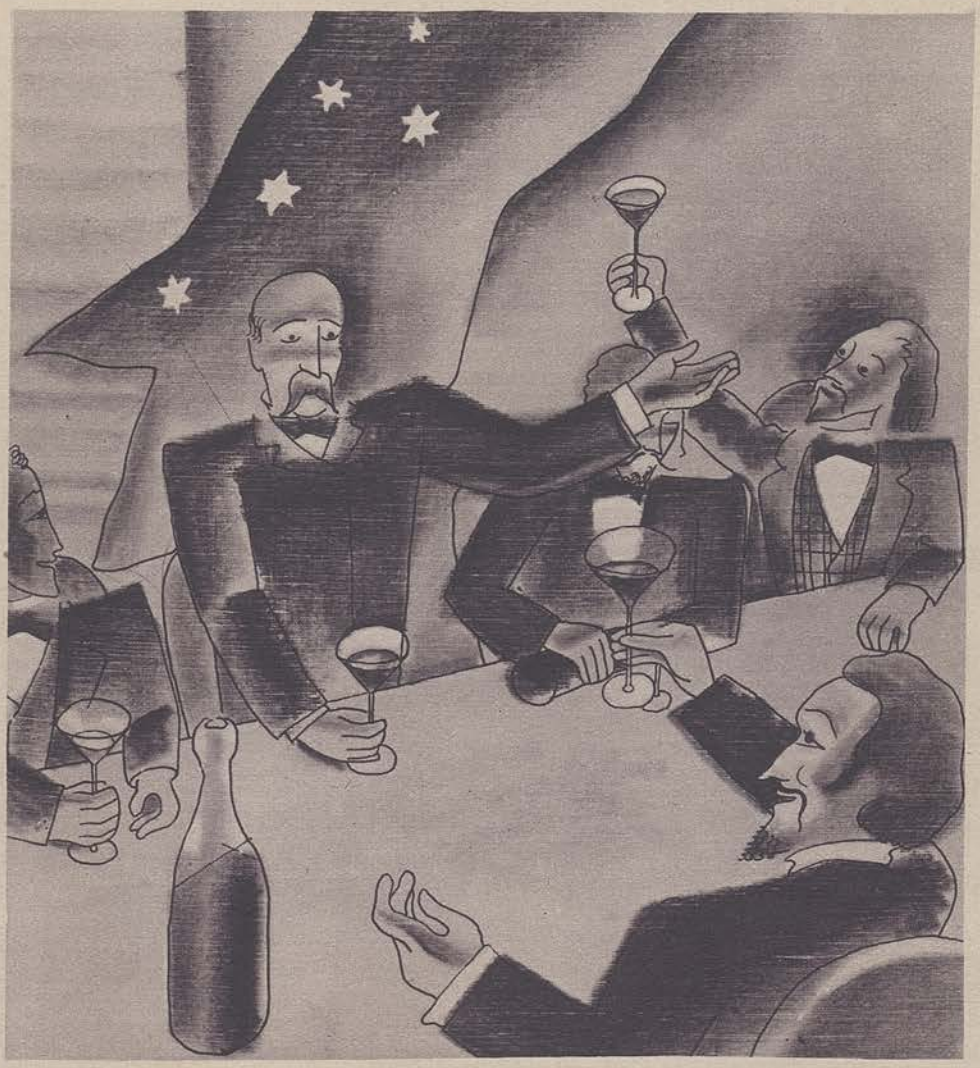
Habiendo recobrado su salud la niña en la casa de campo real, la poetisa habló de comprársela a la Soberana, y ésta prometió vendérsela.

Un incidente fué a evitar aquella venta, pues el marqués de Salamanca pensaba crear su barrio en aquellos parajes.

La Reina se opuso terminantemente:

—¡Nada! ¡Nada! He dado mi palabra de Reina a Carolina y la quinta es ya de ella.

Salamanca intentó llegar a un acuerdo con Carolina, pero ésta sólo llegó a cederle el bosque, contrariando tanto al marqués no poseer aquella casa, en la que había vivido además una persona de su amor, que llegó a decir "que la enterraría en vida", cosa que realizó en parte más tarde, cuando pudo elevar los terrenos de alrededor, dejando



...Y CASTELAR Y LOS DEMAS ESCONDIDOS EN CASA DE CAROLINA FESTEJAN EL DIA CON "CHAMPAGNE" Y DISCURSOS

hundida la parte baja del palacio de su envidia.

Dueña de la quinta la poetisa, se celebraron en ella reuniones literarias, en que las niñas tocaban el arpa.

El jardín de la quinta estaba cuidado por un jardinero francés y había en él estanques, cenadores y una fuente que tomaba su agua de la que nutre la Fuente de la Salud, del Retiro.

En el fondo de la casa había restos de la época regia, casacas, arañas, salones dorados, sala de armas y en la escalera las esculturas de las cuatro estaciones, que hoy se ven encubiertas y convertidas en santas por designio de las monjiles almas que la han hecho su residencia.

Pero los días más novelescos de la quinta—después de haberse ocultado en ella los veintidós sargentos de la sublevación del cuartel de San Gil—fueron aquellos en que se hospedó en ella Alejandro Dumas y su hijo, quedando pirograbado el nombre del creador del *Conde de Montecristo* en las copas en que bebió y brindó, y que en los aparadores de la familia tuvieron durante muchos años el eco vibrante del verbo cálido del fantástico mulato.

Alejandro Dumas, que llegó a Madrid sin traje de etiqueta con que presentarse a la alta sociedad, encargó un frac a un sastre y fué Carolina Coronado quien lo pagó sin que el escritor se enterase, pues el sastre le hizo creer que al saber para quién era quería tener el honor de regalárselo.

Alejandro Dumas no olvidó nunca aquel amable hospedaje, y su hija María Alexandre Dumas en 1870 notificaba a Carolina Coronado en sobre de luto, en cuyo lacre negro está impresa en sello de relieve la palabra española "desengaño", la muerte de su padre con estas palabras: "Mi amado padre ha muerto, y al volver del cementerio pienso en usted, a quien él quería tanto."

Esta carta y su sobre de duelo están encuadernados con un libro de la hija de Dumas que se titula *Junto al lecho de muerte*, y que está dedicado a Carolina Coronado con mucho cariño.

IV

Se trasladan de nuevo a la calle de Alcalá, y una mañana hay un revuelo precipitado en la casa feliz. Carolinita se siente enferma de un mal extraño.

Mi tía Carolina llama hasta a seis médicos, pero todos la dicen que aquello no es grave.

Carolina, en este momento en que una vívida iluminación ha entrado en las salas atontadas de felicidad, tiene uno de sus vagorosos presentimientos, y dice:

—¡Dentro de media hora va a estar muerta!

Así sucede cuando pasan los treinta minutos de la agorería, y entonces se vuelve contra los médicos, aún rezagados como en ciega visita de tertulianos:

—¡Son ustedes unos infames, unos verdugos!

Carolina no se separa de su hija, y, en su desesperación, se quiere tirar por el balcón. Toda la familia forcejea con aquel dolor paroxístico.

Se corta sus largos cabellos negros, que se rizan en tirabuzones adolescentes, como si viviesen su primera juventud al morir cercenados, y se los ofrenda a su hija como el ramo de flores de su pensamiento.

Embalsaman a la joven muerta y dan color a sus mejillas y a sus labios, avivando así la belleza para los saraos que bien podían ostentar sus veinte años.

Carolina no quiere enterrarla en los cementerios, y consigue de las monjas Pascualas de Recoletos que la dejen depositar en el fondo de un armario de la sacristía, donde queda encerrada para muchos años con sus sedas y sus joyas puestas.

Su furor no tiene consuelo, y en eso llega su esposo, que se ha enterado de la desgracia en Vitoria al leer un periódico. Carolina no quiere verlo, como si sintiese en su instinto revuelto que el padre es el cómplice de la madre en la vida y la muerte de sus hijos.

El médico de la casa recomienda que se la deje sola hasta que agote su resistencia y caiga en uno de sus ataques de catalepsia.

En efecto, Carolina cae en ese espacio entre la vida y la muerte en que se refugiaba su vida y su razón.

Entonces las criadas la transportan a un carruaje y la llevan a una fonda silenciosa y retirada.

Carolina está así largas horas, en viaje por los subterráneos de la vida, y, cuando vuelve y se da cuenta de todo, pide irse de viaje al consolador Portugal, a las tierras saudosas.

Su marido la complace, y preparan el viaje, que ha de ser decisivo en su vida, encontrando nidos de lejanía y playas de convalescencia interminable en la tierra lusitana.

Carolina Coronado sale para no volver a España sino muerta, después de muchos años de emigración voluntaria, durante los que llegara a exclamar varias veces un "¡Me sobrevivo!" desolador.

Queda detrás de ella, cerrada, la casa de la calle de Alcalá, todo tal como estaba el día en que la sacaron sonambúlica. No quiere que entre nadie ni se toque a nada. Quedan cartas sin abrir sobre las mesas. Se lleva las llaves, para que no entren ni a aviar.

Las camas, deshechas, con los embozos revueltos, debieron de tomar en aquella soledad un aspecto de camas de crimen.

La casa se fué saturando de tragedia, hasta que un día se supo que los ladrones habían ventilado esa atmósfera de crimen de la Muerte.

V

Lisboa cambia mucho su psiquis. Se hospedó en el Gran Hotel Braganza, en el que tenía reservados los salones principales, recibiendo a aquella dorada aristocracia portuguesa, dada a los rendimientos más exquisitos.

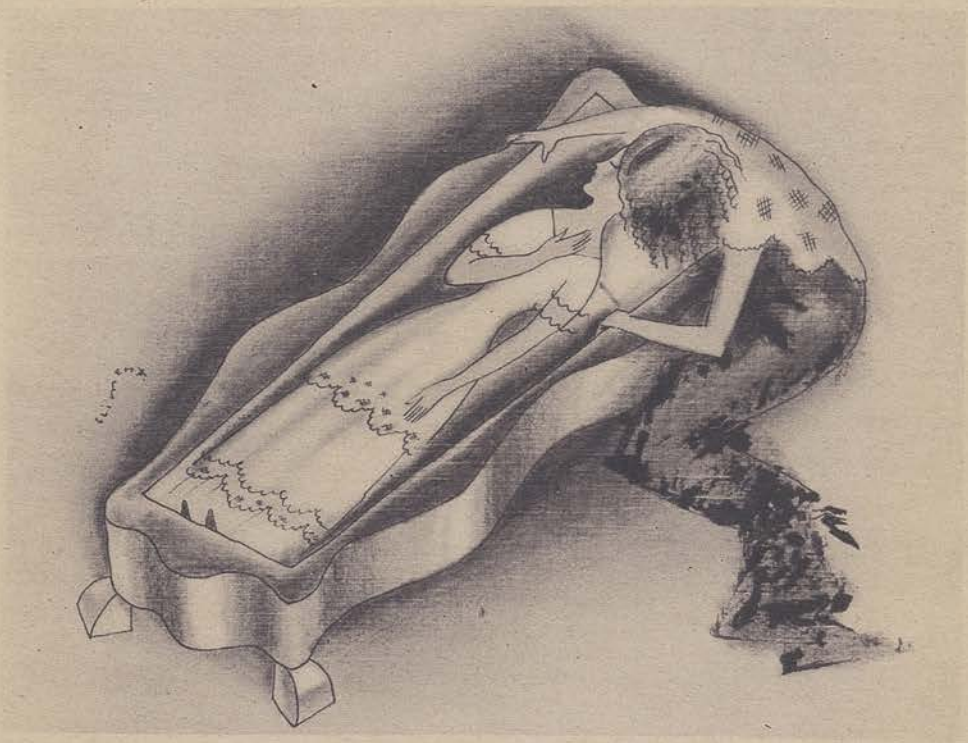
Como uno de sus amores suspirantes había sido siempre el del mar, compra un palacio en Paço d'Arcos, ese palacio que hoy cruza el tren eléctrico que va a los Estoriles y que yo he mirado innumerables veces viendo cómo aún crece todos los años un poco la palmera de sus tiempos, palmera gigante que asombra a los viajeros.

La torre del reloj que pertenecía al palacio, y desde cuya altura se divisaba toda la barra de la ría lisboense, guarda aún un recuerdo de aquellas horas que ella puso en el reloj, que aún tiene su esfera viva sobre el torreón de piedra blanca.

A Mr. Perry se le ocurre fundar el cable de Carcavelhos, uniendo Norteamérica a Europa por la vía más corta, y, después de muchas preocupaciones, reciben de rodillas el primer despacho que viene de Nueva York.

Carolina tiene un golpe de esperanza, y exclama:

> Tengamos esperanza todavía,
> fijos los ojos en la eterna guía
> que no puede dejar al peregrino,
> y sigamos con fe nuestro camino.



NO QUIERE DEPOSITARLA EN LOS CEMENTERIOS...

Viven felices y en pleno rumbo. Mis otras tías hacen constantes viajes a esa quinta de Paço d'Arcos, y encuentran ese encanto regio de Portugal, con sus espléndidos desayunos de luz y manteca.

En el palacio de Paço d'Arcos recibe a Lancaster, al marqués de Fronteira y al vizconde de Castillo, al que ella llamaba sobriamente "el poeta de Castillo".

También iba Américo Veirao, y todos besaban su mano de española con destino fallido de Emperatriz, llamándola *Madame Pery*.

Míster Perry miraba con un catalejo el mar en ese confín de bravura que cae lejos de la vastísima ría, y un día vió un barco que hacía gestos de náufrago, y gracias a su aviso acudieron a tiempo de salvarle.

En el jardín del palacio había un barco de caoba con largura de veinte metros, adornado de incrustaciones de bronce. Muchas veces querían llevárselo, porque sostenían que se estropeaba fuera de su elemento, pero ella lo conservó siempre así tumbado en descanso de los mares sobre la arena del jardín.

A veces aparecían sus días de catalepsia, y muchas noches, sonámbula, se levantaba y se ponía a tocar el piano, pareciendo que habían dejado abierta una ventana y había entrado un súbito claro de luna.

De vez en cuando lanza a España algunos versos de imprecación o de despedida. Así los que compone en la noche del 31 de diciembre de 1900, y que titula *La última luna del siglo:*

Arribo al siglo veinte...
La luna me ha seguido;
luna del diecinueve
alumbra siglos dos.
Su disco refulgente
los dos siglos ha unido,
y a entrambos con sus rayos
adiós les dice, adiós.
Sus rayos iluminan
de un siglo el cementerio;
de otro siglo la cuna
ilumina también.
Las almas adivinan
el terrible misterio
de la muerte y la vida,
en el mal y en el bien.
Misterio es que una luna
sirva de hermoso lazo
al desengaño viejo
y la nueva ilusión.
Misterio que los una
con amoroso abrazo,
siendo de entrambos siglos
celeste corazón.
De la guerrera saña
aún las sangrientas huellas
por el disco rojizo
de la luna se ven.
Hay Dios, y El acompaña
por medio las estrellas,
pasando al otro siglo
ese cerco también.
Vosotros que estudiáis
en negras y encarnadas
aquellas doctas letras
que yo nunca aprendí.
Que al otro siglo vais,
almas enamoradas
de tanta nueva ciencia,
¿qué dice el signo allí?

VARIOS ASPECTOS DEL PALACIO QUE HABITO CAROLINA CORONADO EN PORTUGAL

Los astros son espejos
del mundo en que vivimos,
y en ellos se refleja
fielmente la verdad.
Y aunque rigen tan lejos
y aquí no los sentimos,
nos une con la luna
estrecha intimidad.
Mas, ¡ay!, yo tengo miedo,
como en la noche obscura,
aunque alumbra esta noche
con vivo resplandor.
Y resistir no puedo
la ola de amargura
que el ánimo sumerge
en un mar de dolor.
Es porque miro a España,
que en ella fué mi cuna,
y unido su infortunio
con mi infortunio está.
Y el alma le acompaña
con la viajera luna,
y ansiosa en el espacio
tras de la patria va.
Mas ya no están..., murieron,
y aquellos que han nacido
me miran como sombra
del ave que pasó.
Jamás mi rostro vieron;
mas tal vez han oído
el eco de mi acento
que su infancia arrulló.
Salud, prole moderna;
tal vez son de esperanza
los rayos de esa luna
que alumbran siglos dos.
Y a España gloria eterna
anuncia en la mudanza
el resplandor que dice
al nuevo siglo ¡adiós!

Seguía con su naturaleza de presentidora. Un día entró en el jardín un perro negro. Carolina dijo al verle:

—¡Este es un perro náufrago!

Mandó que le sacasen una bandeja de dulces como a un heraldo del destino, y el perro agradeció aquellos dulces tanto que se quedó a vivir en la quinta.

Pasado un año el perro desapareció. Había vuelto su barco porque era sólo el náufrago de haberse quedado en tierra hasta el final de la otra travesía de su nave.

Carolina se lo supuso en seguida, y María la salvaje, una descalza de las playas, la aseguró haberle visto saltar sobre cubierta de un navío en el embarcadero.

Otra vez, estando en la sala con su marido un caballero desconocido, al que acababa de entregar Mr. Perry una carta de

recomendación, entró Carolina y le quiso arrebatar la carta de las manos.

El caballero, sorprendido, defendió su carta, pero Carolina le dijo:

—Si no me da usted esa carta es usted un farsante.

Era tan obligado dar la carta, que el otro la entregó y se fué con aire de ofendido.

Poco después se descubría que aquella carta era la preparación de un timo.

—Pero ¿en qué conocistes que era un timador?

—No lo sé... Pero desde que entré en el salón pensé que había que quitarle la carta.

Los asuntos de Madrid comienzan a embrollarse, y Mr. Perry se mete en un pleito con Inglaterra por asuntos del cable. ¡Mal negocio un litigio con Inglaterra en tierras de Portugal!

En efecto, el pleito se pierde. Inglaterra se apodera del cable, y Horacio y Carolina quedan arruinados.

LA CAPILLA DEL PALACIO DE LA MITRA

Con lo que salvan en la hora de las últimas indemnizaciones adquieren al marqués de Salamanca el palacio de la Mitra, a la otra banda de Lisboa, para ponerse lejos del sitio de amarre del cable perdido.

Se van a meter, por fin, en el retiro suntuoso; pero al fin retiro de veletudinarios en monasticidad campestre.

Es interesante reproducir la carta con renacidos atisbos de felicidad cuando Carolina adquiere la tierra última, mientras su marido está ausente para realizar las postreras liquidaciones.

Dice esa carta:

"Horacio del alma y de la vida: Hallé el poder entre los sobres y no pude leerle... Tanto me ha hecho llorar, que pensaba enviártelo por el correo cuando han venido Jiménez y otro a medir el terreno. Yo estaba con mis *zapatillas* y bajé a tomar parte en la medición. El ingeniero decía que en los treinta mil pies habían de entrar noria, estanque, cenador y todo lo que yo quisiera, y puso las banderas con verdadero entusiasmo. Yo le decía que era imposible, que yo lo había calculado y no podían ser menos de cuarenta o sesenta mil; pero él me replicaba que esos pies serían los míos, que no eran pies, etc. Pusiéronse las banderas y se retiró a estudiar, pero más tarde vino a decir su compañero que resultaba lo que yo decía, lo cual prueba que la ciencia puede *desorientarse* o, como dice Claron, *encantarse con la flauta*. Mañana vendrá y se procurará que tus instrucciones sean cumplidas. Solamente en lo del alero que cubra la tierra me ha dicho el ingeniero que la medida se hace por el cimiento, y que en esta ocasión me tiene más cuenta que sea así porque el cimiento sale más aún que el tejado a causa de su construcción. Yo consultaré con otro arquitecto, y se hará lo que sea estrictamente legal.

Ahora mismo recibo tu parte y doy mil gracias a Dios. Hemos almorzado en el cuarto de mamá, la cual está hoy serena, y cuando la he hablado me ha dicho una vez "hija". ¡Pero no viste las tórtolas que han nacido junto a los gatillos, la primera cría que han hecho mis tórtolas! ¡Ah, si tú vieras enseñándonos *todo lo pequeño* a tus niños cuán diferente es! ¡Pobre! ¡Pobre madre!

He ido a la Legación y te envío los pe-

riódicos. Cuídate muchísimo y vuelve bueno para abrazarte tus *tres*."

La vida iba a adquirir solemnidad de última hora en ese palacio de la Mitra, que perteneció al patriarca de Lisboa y que tenía un aire dieciochesco con graciosos elementos del barroco portugués; pero antes de trasladarse allí muere Mr. Perry en Paço d'Arcos, y es trasladado a la Mitra, donde queda depositado, *corpore insepulto*, por gracia del ministro de la Gobernación de España, que refrendó el Gobierno portugués.

El tío Horacio se convierte en "el silencioso", como ella le llamaba, permaneciendo desenterrado desde aquel mes de febrero de 1891 hasta que ella muere en 1911.

Sólo tía Carolina entraba en esa capilla interminablemente ardiente y mortuoria, y hasta cuando había que hacer obra en su recinto no dejaba un momento solos a los obreros.

Ella dormía en el cuarto del patriarca, que tenía comunicación con una tribuna de la capilla, a la que se asomaba para saludar con los ojos mudos al esposo embalsamado y descubierto en el reposorio del diván último.

Carolina se entrega a la vejez digna que sólo espera la muerte. Viste trajes de luto con larga cola, y su coquetería está en una mantilla blanca que se echa sobre los hombros y en un abanico que no deja nunca y con el que sabía abanicarse con perfección suma.

En el cuello lleva una cinta de terciopelo y refresca su rostro con pomada de azahar y sales de Inglaterra.

Sólo se mira en sus manos, que ha conseguido que sean en su vejez una reproducción marmórea y exacta de sus manos de juventud.

Implanta en su casa esa patricia costumbre portuguesa de los muchos piscolabis que dan ritual a la vida casera.

Come muy poco, pero lo que come lo toma en servicio de plata.

Congrega en el salón a las últimos amigos, muchas veces a D. Juan Valera.

En el salón hay un piano y un arpa, que a veces toca.

Su encanto es salir al jardín y ver sus árboles y sus tórtolas.

La escalinata tiene al acabar dos perros de mármol, y entre los mirtos recortados hay estatuas y macetones del siglo XVIII.

Tiene un banco blando aun con sus apariencias de rusticano, pues está hecho de corcho, y su planta favorita es una despelujada pimentera. No deja que se pode ningún árbol ni que se les quite siquiera una hoja. Hasta cuando se cayó una palmera en el *parterre* no quiso que se la llevasen, y allí quedó como un quiquiriquí abatido.

En el tapial del jardín ha colocado mi tía Carolina una lápida, en que ha hecho grabar estos versos de su hija Matilde:

Dichosos los que en vida hayan sufrido,
que el bien de no sufrir conocerán,
porque en la obscura noche de la vida
la claridad del cielo encontrarán.

A las doce de la noche aparecía el último té del día con sus "bolos" y queixadas, ese té de la medianoche que tantas veces he evocado en la noble casa de la gran escritora portuguesa doña Ana de Castro y junto a la escritora española Carmen de Burgos, de corazón profundo y excepcional.

Sólo una noche se perturba la paz del palacio de la Mitra. Su hija Matilde le anuncia el deseo de que quiere casarse con Pedro Torres Cabrera, el hijo del marqués de Torres Cabrera, que había acompañado a su padre en su éxodo de carlista. Carolina se levanta pálida de su sillón, coge a su hija de la mano, toma un candelabro de la sala y se dirige a la capilla de "el silencioso".

—¡Vas a repetir delante de él lo que me acabas de decir!—exclama frenética y algo sonambúlica.

Matilde, que sabía que aquella decisión suya iba a desencadenar la energía dormida de su madre, se somete a la prueba y jura su amor delante del padre yerto.

Se celebra la boda poco tiempo después; pero la madre no quiere ver al yerno, que vive en la parte baja del palacio, pasando así largos años, entre la paciencia de los que la querían, puesto que Carolina llegaba en su egoísmo de madre a hacer que la hija durmiese en su misma alcoba como siempre, consigna a la que no faltó Matilde ni la noche de bodas.

La decadencia de su fortuna y de su vida es patética.

No recibe más que *La Epoca*, siempre a nombre de su marido, por lo que guardaba las fajas en un cajón, y *El Siglo Futuro*, que le envía Nocedal, su amigote de los buenos tiempos.

En sus cartas a su sobrino Rubén Landa —en que hay siempre recuerdos para su hijo Rubén, que era su predilecto—se nota el dolor y la penuria de quien ha vivido demasiado y nunca puso atención en los intereses materiales. En sus quintas deshabitadas, en esos espaciosos pisos de la calle de Alcalá, rentando y sin inquilino, se fué tramando la polilla de la Fortuna.

"Te devuelvo el documento firmado, como deseas, pero lastimada de que me arrojes guarismos que son para mí más obscuros que la escritura china y hebrea.

Al menos entre *padres* e *hijos* deben suprimirse los *ceros*. Basta con que me digas "Te queda tanto". Ahora envíame *dos veces cincuenta duros* en *dos* correos, tan pronto como recibas ésta, pues los necesita mi hija, que con mi dolencia precisa de mi auxilio, aunque yo no he querido ni médico ni botica por ser éstos artículos de lujo mandados recoger por abusivos."

Se llamaba a sí misma en muchas cartas últimas "la rival de Papuss".

Como un eco desvanecido del mundo llega a La Mitra la propuesta de una coronación. Carolina se niega a ello y dedica a los iniciadores de la idea la siguiente poesía:

Una corona no, dadme una rama
de la adelfa del Gévora querido,
y mi genio, si hay genio, habrá obtenido
un galardón más grato que la fama.
No importa al porvenir cómo se llama
la que el mundo decís que *dió al olvido;*
de mi patria en el alma está escondido
ese nombre, que aún vive, sufre y ama.
Os oigo desde aquí, desde aquí os veo,
y de vosotros hablo con las olas,
que me dicen con lenguas españolas
vuestro afán, vuestra fe, vuestro deseo,
y siento que mi espíritu es más fuerte
en esta vida que os parece muerte.

Don Antonio Arqueros contestó a esos versos con este soneto:

Una corona, sí; traeré la rama
de la adelfa que el Gévora ha nutrido,
y tu genio, que es genio esclarecido,
hallará el justo premio de la fama.
Importa al porvenir cómo se llama
la que tan pronto el mundo dió al olvido;
la patria, que aún escucha tu gemido,
quiere hacerte inmortal, porque te ama.
Ella te ve lo mismo que te veo;
suyas son esas lenguas españolas
que te cuentan por medio de las olas
nuestro afán, nuestra fe, nuestro deseo.
¡Mirto y laurel queremos ofrecerte
para librar tu nombre de la muerte!

De vez en cuando lanza una oda, que, como no puede ser canto de cisne, porque

...EN ESA CAPILLA, INTERMINABLEMENTE ARDIENTE Y MORTUORIA...

ella es *cisna*, tiene apagados ecos, que dan a su poesía un tono opaco y trasmundano.

Por fin, en 1910 escribe la que ha de ser su última poesía, una poesía sin título ya, con sólo dos admiraciones y unos puntos suspensivos en medio de ellas, como situando el nido del título.

Quejarse es protestar; la pena es muda
cuando oprime con ruda persistencia;
sólo el silencio al desgraciado escuda
para ocultar al mundo su existencia.
Silencio el infortunio necesita
para templar su natural encono,
y mejor que el consuelo, que le irrita,
sufre del ser humano el abandono.
Si veis que aún vivo, y de mi larga vida
conservo el hilo por seguir viviendo,
no es que a vivir el goce me convida,
pues es más goce descansar muriendo.
Es que cumplo la ley de mi destino,
dócil, sumisa al que gobierna el alma,
sin que el dolor cruel en mi camino
logre irritar mi resignada calma.

.....
.....

Se refugia el espíritu en la nada
cual si a extinguirse fuera nuestro aliento,
y en el vago no ser, desorientada,
cesa de la criatura el sufrimiento.

Carolina está en la hora de la despedida de la vida. Ella no lo sabe. Va creyendo en el milagro de vivir siempre defendida por ese clima blando de Portugal que tiene virtudes de supervivencia para los viejos y alegra el final de su existencia con soles que entran hasta la última alcoba de su corazón.

Ya se han despedido de ella para siempre muchos de sus últimos amigos: el marqués de largo título, la amiga del alma, el general emigrado.

Su hija Matilde comienza a estar tan vieja como su madre y a devolverla la vejez en espejo indubitable.

La ruina la desposee, y sólo por una de esas galantes consideraciones que aún quedan en Portugal, el que es propietario de la Mitra la deja vivir en el palacio hasta que muera. En esa concesión se está viendo la constricción de la muerte, su esperado último plazo, que no supone largo una concesión así.

Ella sale a su jardín y dice ternezas a sus tórtolas, que bajan la cabeza, hinchan el cuello y cantan su canto desesperado de dulzura que no quiere despedidas.

Ya no sale nunca de casa—no tiene coche y nunca ha querido subir en un tranvía—y, como no admite la luz eléctrica, se encienden en su salón los quinqués difíciles.

Aún celebra sus últimas reuniones, y parodiando la frase de Jarilla, una de sus figuras novelescas, cuando en un crepúsculo vespertino de primavera, y ante la proximidad de la muerte, exclama: "Ultimo día de mayo..., ¡qué hermoso eres!", Carolina podría exclamar: "Ultimo día de la vida, por muy triste que seas..., ¡qué hermoso eres!"

En una de esas postrimeras reuniones se lee una poesía de Rubén Darío.

Al oírla alguien dice:

—¡Qué disparate!

Carolina calla.

Ha visto el nuevo año, ha sentido su última poesía en ese filo de la noche de un año a otro, que es cuando Carolina se siente amazona del poema en viaje de pesadilla trasmundana; pero el haber pasado la puerta de un año más no quiere decir que no se caiga en el mismo umbral del año, y en esos primeros días de enero muere la poetisa silenciosa, desvaneciéndose como quien ya estaba pronto para ser fantasma.

En el palacio de la Mitra hay gran revuelo. Al desaparecer la dueña cesa la concesión de seguir habitándolo y hay que comenzar el éxodo hacia España con la impedimenta que se pueda y con dos cadáveres, en vez de uno, pues ahora hay que enterrar al "silencioso" también.

Surgen dificultades oficiales que se vencen porque Bernardino Machado es benevolente y en Portugal se comprende la cortesía que merece lo excepcional y lo que estuvo ungido por la poesía.

Y llegan a Badajoz los dos cuerpos, como muertos de la misma muerte, el mismo día, rejuvenecido él en su muerte por como le salvó la esposa de haber sido enterrado antes, dispuestos los dos a celebrar el Sacramento del renovado desposorio, que es ser enterrados juntos y a la misma hora.

OTRO RETRATO DE CAROLINA CORONADO

Ramón Gómez de la Serna.